

JUSTICIA

¿La tienes?

OBISPO JERRY L. OGLES

"Sembrad para vosotros en justicia, segad para vosotros en misericordia; haced para vosotros barbecho; porque es el tiempo de buscar a Jehová, hasta que venga y os enseñe justicia". (Oseas 10:12)

**JUSTICIA
¿LA TIENES?**

Por el Obispo Jerry L. Ogles



¿ES TU JUSTICIA LA EXCEPCIÓN?

“ Porque os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos. Oísteis que fue dicho a los antiguos: No matarás; y cualquiera que matare será culpable de juicio. Pero yo os digo que cualquiera que se enoje contra su hermano, será culpable de juicio; y cualquiera que diga: Necio, a su hermano, será culpable ante el concilio; y cualquiera que le diga: Fatuo, quedará expuesto al infierno de fuego. Por tanto, si traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y anda, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda. Ponte de acuerdo con tu adversario pronto, entre tanto que estás con él en el camino, no sea que el adversario te entregue al juez, y el juez al alguacil, y seas echado en la cárcel. De cierto te digo que no saldrás de allí, hasta que pagues el último cuadrante”.
(Mateo 5:20-26)

Todas las religiones del mundo, excepto el cristianismo, son religiones basadas en las obras. El Islam es estrictamente legalista. El budismo exige mucha meditación para formar parte del gran yo universal (sea lo que sea eso), y el hinduismo requiere que el adepto satisfaga los caprichos de muchísimos dioses y diosas diferentes. Pero la religión de Cristo no se basa en obras. No es lo que **haces** lo que te llevará al cielo. Es lo que has creído y aceptado, a través de la Gracia, lo que te llevará allí.

Nuestra propia conducta personal nunca será lo suficientemente justa para pasar la eternidad en la presencia de un Dios Santo. Los hombres y los gobiernos han demostrado una y otra vez ser incapaces de sostener la justicia.

Blaise Pascall: Francés (fallecido en 1662) que fue el físico y matemático más grande que jamás haya existido. Más tarde se hizo sacerdote. Pascall propuso un argumento llamado la Apuesta de Pascall, en la que sostenía que era absurdo e irrazonable creer que Dios no existía. Su apuesta se convirtió en la primera contribución a la teoría de la decisión y la probabilidad de la historia.

He aquí su apuesta:

- 1) Si no crees en Dios y Dios no existe, no has perdido nada.
- 2) Si no crees en Dios y hay un Dios, lo has perdido todo.
- 3) Si crees que hay un Dios y no lo hay, no has perdido nada.
- 4) Si crees que hay un Dios, y realmente hay un Dios, lo has ganado todo.

No hay posibilidad de ganar si no crees en Dios - en el mejor de los casos estarías a mano, si no existiera Dios. No hay posibilidad de perder si crees en Dios y Dios existe. El peor resultado posible sería un empate si no existiera Dios. Esta

proposición de apuesta es la primera aplicación en la historia de la teoría de la probabilidad y de la decisión.

Pascall podría haber añadido más detalles para completar su teoría. La simple creencia de que Dios existe no es suficiente, uno debe creer en todos los atributos de Dios (Padre, Hijo y Espíritu Santo) y debe aceptar la autoridad de Dios en su vida.

Ahora llegaremos a la devoción de hoy del Evangelio de San Mateo, que es una selección tomada del Sermón del Monte de nuestro Señor - «**Porque os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos**». Los escribas y fariseos intentaban cumplir la letra de la ley. Esto lo atribuían a la rectitud; sin embargo, sus corazones estaban oscurecidos por la envidia, el poder y la intriga. Su rectitud no era de buen carácter, sino de apariencia externa. La verdadera rectitud brota de un corazón devoto a Dios y lleno de amor por Él y por sus criaturas.

Nuestras obras justas no son nada aparte de nuestro amor en Cristo. Por nuestras propias fuerzas, nunca podríamos alcanzar la justicia de Dios. La justicia del cristiano no es la suya propia, sino la justicia imputada de Cristo, que le hace justo ante Dios.

Cristo va a proclamar ahora una interpretación más estricta de la ley que la que se había considerado o comprendido anteriormente: «**Oísteis que fue dicho a los antiguos: No matarás; y cualquiera que matare será culpable de juicio**». Esta pena de la ley sigue vigente como todos los demás Mandamientos de Dios, sin embargo, Cristo añade una nueva dimensión: «**Pero yo os digo que cualquiera que se enoje contra su hermano, será culpable de juicio; y cualquiera que diga: Necio, a su hermano, será culpable ante el concilio; y cualquiera que le diga: Fatuo, quedará expuesto al infierno de fuego**». Obsérvese en primer lugar la autoridad con que habla Cristo como Juez y Legislador. Explica la aplicación más profunda de la ley.

Es el corazón lo que se juzga y no la apariencia exterior. Sólo Dios puede ver las cámaras profundas de nuestros corazones. Incluso nosotros mismos somos a menudo inconscientes de la maldad que acecha en nuestro corazón, pero Dios ve y conoce los medios por los que nuestros corazones pueden ser limpiados y hechos justos. Nuestra intención de matar es lo mismo que la acción misma a los ojos de Dios. El odio en nuestros corazones es sinónimo de asesinato. Cristo proporciona tres ejemplos de autoridad de juicio progresiva: 1) El juicio (el más bajo y primer nivel de juicio en la época en los tribunales judíos). 2) El Concilio que era el Sanedrín que se sentaba en Jerusalén, y 3) El fuego del infierno se relaciona con el valle de Hinnom, un valle en el que los judíos en tiempos pasados habían sacrificado a sus hijos e hijas a los brazos ardientes de Moloc colocándolos en sus brazos al rojo vivo hasta que caían en el fuego caliente debajo de este ídolo. Dios ha advertido que no

es permitido que nuestros hijos pasen por el fuego a Moloc. En días pasados, algunos registros indican que se aprobaba que un fuego continuo ardiera en este valle para consumir los desperdicios y la carroña de Jerusalén. Esta referencia de Cristo al fuego del infierno representa el juicio final y completo de los malvados.

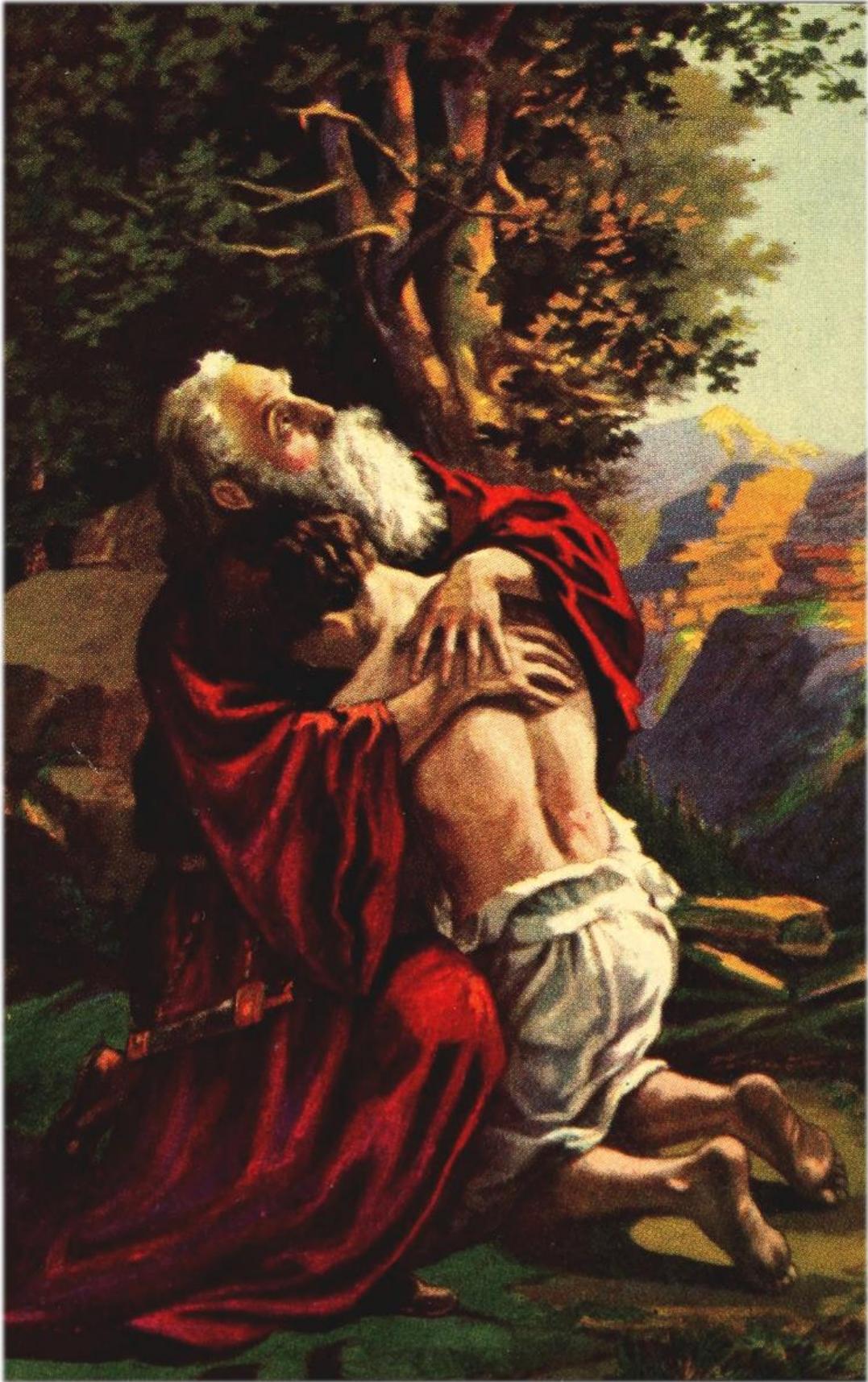
«**Por tanto, si traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y anda, reconcílate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda**». Por lo tanto, o en vista de la declaración anterior, Cristo emite esta seria exhortación. No hay lugar en el corazón para el odio y el amor, para la justicia y la injusticia. Por tanto, cuando des tu limosna a Dios, o a sus criaturas, hazlo con la conciencia tranquila. Si alguien tiene un agravio contra ti, arréglalo primero, y luego ve con tu ofrenda al altar. Es mucho más posible reconciliarse con Dios cuando nos reconciamos con nuestro prójimo.

«**Ponte de acuerdo con tu adversario pronto, entre tanto que estás con él en el camino, no sea que el adversario te entregue al juez, y el juez al alguacil, y seas echado en la cárcel**». Sé rápido para resolver las disputas con los demás antes de que se conviertan en delitos más graves. Esto se aplica también a la confesión de los pecados. No te acuestes sobre tu cólera, y confiesa prontamente a Dios tus pecados, no sea que perezcas inesperadamente y no tengas otro recurso que el infierno. La confesión quita los muros entre el hombre y el cielo, y es un proceso continuo. No confesar un pecado olvidado no condenará necesariamente a una persona al infierno, pero oscurecerá nuestra visión y servicio a Dios.

Muchos cristianos pueden olvidar que, aunque los pecados son perdonados gratuitamente, queda una cicatriz que estos pueden causar. David sufrió la muerte del primogénito de Betsabé a causa del pecado. Nuestros pecados hieren a los que amamos, e incluso después de que Dios los ha perdonado, la cicatriz de la herida permanece. «**De cierto te digo que no saldrás de allí, hasta que pagues el último cuadrante**». Aquí Cristo está revelando que, aunque pueda existir un agravio entre hombre y hombre, siempre hay involucrada una tercera y más alta autoridad que cualquier tribunal de justicia terrenal. Dios impondrá un castigo por todo pecado. «**La paga del pecado es muerte**». Esta sería una acusación final contra el hombre si no fuera por la sentencia que sigue: «**Porque la paga del pecado es muerte; pero la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro**». (Romanos 6:23)

Entonces, si la paga del pecado es la muerte, y todos hemos pecado, ¿cómo podemos pagar la deuda del pecado? Nosotros no podemos. Pero alguien más lo hizo. Jesucristo murió por nosotros en nuestro lugar para pagar la deuda que tenemos. «**Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al**

Espíritu. Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte. Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; para que la justicia de la ley se cumpliese en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu». (Romanos 8:1-4)



OBRAS DE JUSTICIA

“Porque si Abraham fue justificado por las obras, tiene de qué gloriarse, pero no para con Dios. Porque ¿qué dice la Escritura? Creyó Abraham a Dios, y le fue contado por justicia. Pero al que obra, no se le cuenta el salario como gracia, sino como deuda; mas al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justiciar”. (Romanos 4:2-5)

No hay nadie justificado por las obras - ¡ninguno es justo! «ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él; porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado» (Romanos 3:20). La Ley de Dios proporciona las premisas para la justicia, y también para el pecado. «Todo aquel que comete pecado, infringe también la ley; **pues el pecado es infracción de la ley**» (1 Juan 3:4). Así que, ¡todo lo que necesitamos hacer es obedecer perfectamente la Ley de Dios! Sencillo, ¿verdad? Pero espere, ¡nadie es capaz de hacer eso! «por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, **siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús**, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados, con la mira de manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús» (Romanos 3:23-26).

Notarás en el texto citado arriba que todos somos igualmente culpables de pecado ante Dios; sin embargo, tenemos a uno que ha pagado nuestra pena de muerte por nuestro pecado - el único calificado para hacerlo, siendo Él mismo sin pecado. «Porque la paga del pecado es muerte, pero la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús, Señor nuestro» (Romanos 6:23). El sacrificio, ofrecido de una vez por todas, nos permite ser considerados justos a los ojos del Señor. Pero no había ninguna obra que pudiéramos haber hecho para lograr esa justicia imputada - fue únicamente una obra de gracia que es un don de Dios a través del despertar, la gracia imbuidora del Espíritu Santo que primero atrae por medio de una fe impartida. Estar muerto en delitos y pecados significa exactamente lo que dice. Los muertos no pueden hacer nada para revivir sus almas descompuestas. Se requiere una fuerza externa - la misma fuerza externa que llamó a Lázaro, muerto por cuatro días, de la tumba fría como piedra en Betania. Ser justificado (salvado) por gracia es un don gratuito de Dios - no algo ganado por nuestras propias obras. «Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas» (Efesios 2:8-10).

Habiendo hecho referencia a todos estos textos de las Escrituras sobre la justificación, ¿debemos asumir, como hacen las herejías antinomianas, que no necesitamos obedecer la Ley de Dios? De ninguna manera. De hecho, nuestro Señor

Jesucristo nos salvó bajo los mismos términos de la Ley. «Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas» (Efesios 2:8-10). Si el hombre caído ha de ser hecho a imagen de Dios, debemos poseer características que trasciendan meramente los rasgos físicos del cuerpo y los rasgos externos. Debemos ser hechos nuevos en Cristo. Cuando somos escogidos y elegidos en Cristo, prescindimos de esa vieja mente carnal que poseyó a Adán en aquel fatídico momento en el Edén; y debemos tomar sobre nosotros la Voluntad de Dios, o esa Mente que estaba en Cristo Jesús. «Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús» (Filipenses 2:5). Entregamos nuestras voluntades pecaminosas llamadas "libres" (que no son otra cosa que voluntades propias) por la Voluntad de Dios.

Tal vez sea bueno recordar las palabras del viejo clérigo anglicano Augustus Toplady, que escribió ese venerable himno antiguo, Rock of Ages, 1763, (los versos 2º y 3º en particular):

2. Ni el trabajo de mis manos
pueden cumplir los mandatos de tu ley
si mi celo no conociera tregua,
si mis lágrimas fluyeran eternamente,
todo por el pecado no podrían expiar;
tú debes salvar, y sólo tú.

3. Nada traigo en la mano
simplemente a la cruz me aferro;
desnudo, acudo a ti para que me vistas
desamparado, busco en ti la gracia;
sucio, a la fuente vuelo;
lávame, Salvador, o muero.

Entonces, ¿debe la vida del profesante cristiano reflejar una piedad a través de las obras de justicia? Por supuesto que sí. ¿Eso nos hace justos o no? No, no hace justas nuestras obras, sino que es la justicia de Cristo obrando en y a través de nosotros. «Y el Dios de paz que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo, el gran pastor de las ovejas, por la sangre del pacto eterno, ²¹ os haga aptos en toda obra buena para que hagáis su voluntad, haciendo él en vosotros lo que es agradable delante de él por Jesucristo; al cual sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén» (Hebreos 13:20-21).

Por favor sepan que somos indignos e incapaces de hacer cualquier obra de justicia excepto por los medios de la gracia a través de la fe - Cristo obrando a través

de nosotros. «Si bien todos nosotros somos como suciedad, y todas nuestras justicias como trapo de inmundicia; y caímos todos nosotros como la hoja, y nuestras maldades nos llevaron como viento» (Isaías 64:6). Me doy cuenta de que algunos sacudirán la cabeza y creerán que son excepciones a esta condena general. Pero no es así. Sin embargo, podemos ser **considerados** justos mediante la justicia imputada de Cristo. «Y el Dios de paz que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo, el gran pastor de las ovejas, por la sangre del pacto eterno, os haga aptos en toda obra buena para que hagáis su voluntad, haciendo él en vosotros lo que es agradable delante de él por Jesucristo; al cual sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén» (Hebreos 13:20-21).

Jesús es nuestro descanso, o, en hebreo, nuestro shabbat, así como también es nuestra Pascua. Si hacemos descansar nuestros impulsos carnales, el Señor obrará obras justas a través de nosotros.

Recuerda al joven rico que vino corriendo a Jesús y se arrodilló ante Él: «Al salir él para seguir su camino, vino uno corriendo, e hincando la rodilla delante de él, le preguntó: Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna? Jesús le dijo: **¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno, sino solo uno, Dios**» (Marcos 10:17-18). No había nada que el joven pudiera hacer para salvarse. No sabía que Jesús también era Dios, siendo el Hijo de Dios. Afirmaba haber guardado los Mandamientos, pero Jesús le reveló que ni siquiera había guardado el Primero, sin el cual no se puede guardar ninguno de los demás.

¿Cuál es el impulso de la fe que recibimos por la Gracia de Dios? Incluso nuestra fe es una obra de Dios y no originaria de nosotros mismos: «... **Esta es la obra de Dios, que creáis en el que él ha enviado**» (Juan 6:29). Así que, como ven, incluso nuestra fe viene de Dios y no de ningún mérito de nuestras almas.

Es una gran paz y consuelo saber que nuestra adopción fue una decisión espiritual del Padre y no un acto de auto-decisión de nuestra parte; «**No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca; para que todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, él os lo dé. Esto os mando: Que os améis unos a otros**» (Juan 15:16-17). Es por medio del poder del Amor que servimos y obedecemos al Señor. Ese amor también procede de Dios. «Nosotros le amamos, porque Él nos amó primero» (1 Juan 4:19). Incluso nuestro amor a Dios no es más que un eco del amor declarado por Dios, nuestro Padre. Mira una vez más el consejo bíblico de Toplady:

Nada traigo en la mano
simplemente a la cruz me aferro;
desnudo, acudo a ti para que me vistas
desamparado, busco en ti la gracia;

sucio, a la fuente vuelo;
lávame, Salvador, o muero.

Así como Adán estaba desnudo y avergonzado en el Jardín, así el pecador está desnudo en pecado y avergonzado ante Dios. Dios, con dolor, mató a una hermosa criatura de su creación en el Jardín para cubrir esa desnudez de Adán. Pero un animal no bastaría para cubrir nuestros pecados - era necesario más, ya que los animales son inocentes, y nosotros no. Dios envió a su Hijo para redimirnos. «Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, ⁵ para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos. Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre! Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero de Dios por medio de Cristo» (Gálatas 4:4-7).



PASOS DE JUSTICIA

“El impío toma prestado, y no paga; mas el justo tiene misericordia, y da. Porque los benditos de él heredarán la tierra; y los malditos de él serán destruidos. Por Jehová son ordenados los pasos del hombre, y él aprueba su camino. Cuando el hombre cayere, no quedará postrado, porque Jehová sostiene su mano. Joven fui, y he envejecido, y no he visto justo desamparado, ni su descendencia que mendigue pan. En todo tiempo tiene misericordia, y presta; y su descendencia es para bendición. Apártate del mal, y haz el bien, y vivirás para siempre”. (Salmo 37:21-27)

SIGUIENDO ESAS HUELLAS

(un poema que escribí hace unos años)

Una vez, en un día de alegre belleza y aire prístino
Pasé por el sendero, a orillas del Jordán, donde nuestro Señor había pisado,
Y vi allí en el borde pedregoso resplandeciente
Las huellas de sus pies clavados en el césped.

A lo largo de la costa de Galilea
Una barca de pesca con los costados curtidos por la tempestad
Yacía anclada en tranquilo reposo
Testigo silencioso del tormentoso pasado.

Por el verde valle del río
Las huellas conducían a Betania
Y en el camino una tumba abierta
Cuyo dueño se levantó como haciendo señas amorosas.

Por las llanuras occidentales hasta el pozo de Sicar
Que Jacob cavó para que todos saciaran la sed
Las huellas se detuvieron brevemente por una Mujer Perdida
Mezclada allí con otras que llegaron como la primera.

Bastante firme en las huellas que conducen al Monte del Templo
Donde las mesas, volcadas en furia caliente
en las que los cambistas hacían sus cuentas
Y huyeron del reproche abrasador del Maestro a toda su suerte.

En línea recta los pasos condujeron a través del estrecho Camino

Al asiento de Pilatos premonitorio, orgulloso y oscuro,
Más allá del tribunal donde Pedro tres veces en ese último día
Negó su amor a Cristo y erró el blanco.

Ahora se unen en el camino rocoso de la Dolorosa
Donde Jesús llevó solo su pesada cruz
Por las laderas de granito del Calvario manchadas ahora de carmesí
Donde por fin sangró y expió nuestro pecado.

Desde la tumba en el jardín hermoso y dulce
Las huellas condujeron a la Gloria alta y Grande
Y más allá de las puertas perladas del cielo
Él ahora comanda los corazones de toda la Fe.
2009 J. Ogles (St. Peter's, Statesville, Semana Santa, 2009)

NOTA: Este copyright no pretende impedir a nadie compartir el poema libremente,
sino sólo proteger mi derecho a acceder a él.

Tradicionalmente, hay 13 escalones hasta la horca. Pero esos peldaños de la perdición no empezaron en la base de la horca, sino mucho antes, cuando su víctima eligió un camino de iniquidad en vez de uno de justicia. Si sus pasos hubieran sido ordenados por el Señor, no se habría encontrado al pie de la horca. No recomiendo a nadie que aspire a dar esos últimos pasos en la vida. Los pasos de los injustos siempre conducen a la horca, ya sea en esta vida o en la otra.

Cuando era muy pequeño, recuerdo que intentaba colocar mis pasos en las huellas exactas de mi padre. Su zancada era larga y sospecho que acortó su paso para acomodarse a mi insuficiencia. Esto me recuerda cuánto necesitamos al principio seguir a Cristo y sus pasos, y luego intentar dar los pasos exactos que Él ha dado. Los pasos de Cristo son pasos poderosos y grandes. Nunca podremos encontrarlos a la medida de nuestros débiles esfuerzos. Encontraremos que debemos, en primer lugar, concentrarnos en el esfuerzo para que nuestros pasos sean congruentes con los Suyos. En segundo lugar, debemos estirar nuestros músculos espirituales hasta el límite. En tercer lugar, debemos mantener la mirada fija en el Señor. «Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en ti persevera; porque en ti ha confiado. Confíad en Jehová perpetuamente, porque en **Jehová** el Señor está la fortaleza de los siglos» (Isaías 26:3-4). - ¡No sólo la mente, sino todo nuestro ser! «Por lo cual no resbalará jamás; en memoria eterna será el justo. No tendrá temor de malas noticias; su corazón está firme, confiado en Jehová. Asegurado está su corazón; no temerá, hasta que vea en sus enemigos su deseo» (Salmo 112:6-8).

Un hecho evidente que escapa a la mente, o incluso a la mención, de muchos clérigos y profesantes de la fe y que es cardinal para la fe es esta gran verdad: «...

Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, este la salvará» (Lucas 9, 23-24). Parece fácil, a primera vista, negarnos a nosotros mismos; pero no nos detengamos en ese único ámbito. Examinemos las palabras del Señor con mayor profundidad. Él ordena a los que desean venir en pos de Él que «**le sigan**». Seguir a Cristo es salvar la propia vida incluso perdiéndola. Cada soldado, marino y aviador estadounidense jura defender la Constitución de los Estados Unidos contra **todos** los enemigos, tanto extranjeros como nacionales. Algunos dan su vida en el altar de la Libertad, pero no todos. Pero todos ponen su vida en ese altar para entregarla si se les requiere.

Lo mismo puede decirse de los pasos de Cristo. Desde su bautismo en las orillas del Jordán, pasando por la tentación en el desierto, hasta las orillas de la pacífica Galilea, los tormentosos encuentros en el Templo de Jerusalén, el pozo de Jacob en Samaria, la Última Cena, la oración en el huerto de Getsemaní, los tribunales de Caifás, Herodes y Pilato, y luego el clamor del Gólgota: éstos son los pasos de nuestro Señor. Sus huellas están profundamente grabadas en las arenas de Tierra Santa. Estos son los pasos que debemos seguir. Como Él llevó su cruz, así debemos seguir nosotros llevando la cruz que Él nos ha dado. ¿Debemos morir también nosotros? Sí, **debemos** morir a nosotros mismos para vivir para Él. Pero los pasos de Cristo no terminan en la base de la cruz, y los nuestros no necesitan terminar en la base de la horca injusta del mundo.

Jesús fue confinado en una tumba de jardín que simplemente fue prestada. Como Jonás pasó tres días y tres noches en el vientre de la ballena, así el Señor pasó tres días y tres noches en aquel sepulcro. Pero la muerte es impotente ante el rostro de Dios. No pudo detener a nuestro Señor. Él derrotó a la muerte y al infierno mientras estuvo en la Tumba durante el Sábado del Señor. Se levantó de aquel sepulcro y caminó por las calles de Jerusalén y, finalmente, por aquellas arenas familiares de la orilla del Mar de Galilea. Desde allí, sus pasos se dirigieron al Monte de la Ascensión y mucho más allá. Si tomamos nuestras cruces cada día y le seguimos, nos encontraremos con el rechazo, la decepción y el desprecio del mundo. Morimos a nosotros mismos al poner el amor a los demás por encima del amor a nosotros mismos, y moriremos y seremos confinados a una tumba prestada como lo fue nuestro Señor. Pero entonces seguiremos alegremente esos pasos fuera de la tumba y caminaremos hacia otro Monte de Ascensión para estar con Él y con el Padre por los siglos de los siglos.

Presta atención al consejo de la Escritura: «Mis pies han seguido sus pisadas; Guardé su camino, y no me aparté. Del mandamiento de sus labios nunca me separé; guardé las palabras de su boca más que mi comida» (Job 23:11-12). «Ordena mis pasos con tu palabra, y ninguna iniquidad se enseñoree de mí» (Salmo

119:133). «Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino» (Salmo 119:105).





ÁRBOLES DE JUSTICIA

“El Espíritu de Jehová el Señor está sobre mí, porque me ungió Jehová; me ha enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos, a vendar a los quebrantados de corazón, a publicar libertad a los cautivos, y a los presos apertura de la cárcel; a proclamar el año de la buena voluntad de Jehová, y el día de venganza del Dios nuestro; a consolar a todos los enlutados; a ordenar que a los afligidos de Sion se les dé gloria en lugar de ceniza, óleo de gozo en lugar de luto, manto de alegría en lugar del espíritu angustiado; y serán llamados árboles de justicia, plantío de Jehová, para gloria suya» (Isaías 61:1-3).

Los árboles son usados como metáforas por Dios para describir tanto el bien como el mal, pero predominantemente Él usa los árboles como ejemplo de la persona justa. «Y será como árbol plantado junto a corrientes de aguas, que da su fruto en su tiempo; su hoja no se marchitará, y todo lo que hace prosperará» (Salmo 1:3). Hay muchas clases diversas de árboles en la verde tierra de Dios, así como en el Paraíso de su Reino. El cristiano magníficamente bendecido es como ese árbol al que se hace referencia arriba que está plantado junto a los Ríos del Agua de la Vida. Pero hay otros árboles apreciados por Dios que no son tan bendecidos materialmente. La poderosa palmera del desierto de Irán y Arabia florece en circunstancias austeras. Están adaptadas al clima seco y salvaje donde Dios las ha plantado. Las severas condiciones climáticas las han fortalecido hasta convertirlas en uno de los árboles más fuertes. Son, por mucho, los árboles más altos de todos, pero su mayor parte queda oculta a los ojos de los hombres porque el sistema radicular penetra a gran profundidad en el suelo del desierto en busca de agua y minerales nutritivos. Así, el sistema radicular de la palmera del desierto es más del doble de grande de lo que vemos expuesto sobre la superficie.

Hay muchos cristianos que se parecen en gran medida a la palmera del desierto. Florecen en condiciones austeras y duras de persecución y necesidad; sin embargo, su grandeza en el Reino de los Cielos pasa desapercibida para la gran iglesia exterior. Sus raíces se hunden profundamente en los ríos ocultos de Dios. Recuerdo a esos devotos cristianos del Levante que sufren decapitaciones, torturas y miserias sin medida por negarse a renunciar a su Señor y Salvador. Semejante fe avergüenza al feligrés medio de Estados Unidos.

También hay árboles frutales que proporcionan alimento y frescura a la humanidad. Florecen en climas cálidos y húmedos con ese propósito. Sus frutos no sólo son dulces al paladar, sino que sus flores son fragantes al olfato. Muchos de estos árboles frutales fueron plantados hace mucho tiempo por Dios, y ahora son ancianos y encorvados; sin embargo, todavía dan frutos dulces y nos alegran con su compañía. Son para nosotros ejemplos de la bendición de Dios.

También están los altos y erguidos cedros del Líbano, que nos recuerdan al intransigente testigo cristiano que prefiere sufrir el fuego del martirio antes que someterse a la mentira. Pero incluso el cedro del Líbano crecerá torcido si su Creador no lo mantiene recto. Hay que educar a los niños para que crezcan rectos y altos como los cedros del Líbano. Si no lo hacemos, los nudos y torceduras del pecado estropearán su crecimiento.

Todos los árboles son beneficiosos para la humanidad y también para la vida animal. La humanidad y los animales necesitan aire limpio y puro para respirar. Pero el aire que respiramos es tóxico con dióxido de carbono. Los árboles necesitan dióxido de carbono, que absorben y emiten en forma de oxígeno. Todo el aire de nuestro planeta se repone diariamente gracias a los árboles. Construimos nuestras viviendas con árboles, fabricamos nuestros muebles con sus ramas y calentamos nuestros hogares con el producto de los árboles. Debo mencionar, también, que los árboles proporcionan una sombra fresca en el calor del día de verano. El testimonio y la vida del cristiano deben reflejar esa misma característica del árbol. Tomamos los venenos del mundo y los convertimos en obras saludables. Siendo, como nos encarga Cristo, la sal de la tierra, nuestra vida y nuestras obras elevan a toda la humanidad a los beneficios de Cristo. Construimos casas para los sin techo y damos alimento a los hambrientos. Cuando el calor de la vida se intensifica enormemente, el cristiano proporciona consejo refrescante y sombra al cansado y perdido.

LOS ARBOLES DE JUSTICIA

- 1) Los Elegidos de Dios «serán llamados Árboles de justicia». (Isaías 61:3)
- 2) Son la plantación de Dios y no de ellos mismos. «La plantación del Señor». (Isaías 61:3)
- 3) Los Árboles de Justicia están llenos de una vida espiritual que el mundo no puede comprender. «Los árboles del Señor están llenos de savia» (Salmo 104:16). La savia vivificante es la vida del árbol.
- 4) ¡Los Árboles de Justicia son por siempre fructíferos y vivos (nunca morirán en la vejez)! «Aún darán fruto en la vejez; estarán vigorosos y verdes» (Salmo 92:14).
- 5) Al igual que los dos árboles del jardín del Edén, conoceremos un árbol por sus frutos: «**Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos, o higos de los abrojos? Así, todo buen árbol da buenos frutos, pero el árbol malo da frutos malos. No puede el buen árbol dar malos frutos, ni el árbol malo dar frutos buenos. Todo árbol que no da buen fruto, es cortado y echado en el fuego. Así que, por sus frutos los conoceréis**» (Mateo 7:15-20). Los frutos del

Árboles son los mismos que los del Espíritu - no elevan a un creyente por encima de otro, ni hacen hablar en lenguas confusas y entrecortadas. «Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley» (Gálatas 5:22-23).

6) Así como el árbol fructífero derrama su semilla sobre la tierra para procrear su especie, así el cristiano gana almas para Cristo por su fuerza natural y su testimonio. «El fruto del justo es árbol de vida; y el que gana almas es sabio» (Proverbios 11:30).

7) Los Árboles de la Justicia son como Cedros del Líbano: «Los montes se cubrieron con su sombra, y con sus sarmientos los cedros de Dios» (Salmo 80:10). El cedro destaca por su grandeza y nobleza. Crece rápidamente y vive mucho tiempo. Su madera protege de la polilla.

8) Los árboles de la justicia son como la palmera del desierto. Este árbol es alto, fructífero en el desierto y hermoso. Extiende sus verdes y frondosos brazos hacia Dios en el desierto, donde ningún otro lo hace. «El justo florecerá como la palmera; crecerá como el cedro en el Líbano. Los plantados en la casa de Yahveh, florecerán en los atrios de nuestro Dios» (Salmo 92:12-13).

9) Los Árboles de Justicia son como el Olivo Verde: « Si las primicias son santas, también lo es la masa restante; y si la raíz es santa, también lo son las ramas. Pues si algunas de las ramas fueron desgajadas, y tú, siendo olivo silvestre, has sido injertado en lugar de ellas, y has sido hecho participante de la raíz y de la rica savia del olivo, no te jactes contra las ramas; y si te jactas, sabe que no sustentas tú a la raíz, sino la raíz a ti» (Romanos 11:16-18). Qué belleza de expresión se encuentra en las gemas ocultas de esta comparación. El Primer Fruto de la Resurrección es nuestro Señor Jesucristo. Él es Santo. Si somos las ramas de esa Raíz Santa, también debemos ser Santos. «Sed santos, porque yo soy Santo» (1 Pedro 1:16 & Levítico 11:44). Sólo hay un Hijo de Dios por derecho de parentesco de sangre - el Señor Jesucristo. Él es nuestra raíz y rama. Estamos injertados como la rama de olivo silvestre en esa Vid vivificante. Somos hijos e hijas por adopción (injerto) y no de la misma sustancia del Padre.

Hay otro ejemplo del Árbol de la Justicia. En el césped de una antigua iglesia de la que una vez fui pastor, había un viejo roble, quizá tan viejo como la iglesia (más de 200 años). Extendía sus ramas gloriosamente por todo el patio de la iglesia, y daba un respiro al caluroso sol del sur de Alabama. Cuando pregunté por la edad del árbol, una de las ancianas feligresas me dijo que tenía el mismo aspecto que cuando ella era niña (70 años antes). Me contó que un anciano solía ir a la iglesia todos los días del Señor en su carro tirado por una mula. La vieja mula la ataba al viejo roble.

Un domingo, el anciano no acudió a la iglesia debido a una enfermedad leve; sin embargo, la mula sí acudió y ocupó su lugar habitual a la sombra del viejo roble. Después del servicio, los hombres de la iglesia intentaron coger la mula para llevársela a casa, pero no se movía de la sombra del árbol. Cuando se empleó más fuerza para mover a la vieja mula, ésta enloqueció y los hombres dispararon y mataron a la mula. Lo considero una gran pena, pero sucedió. ¿Por qué la vieja mula no se movía del árbol?

Creo que siempre había encontrado sombra y consuelo bajo aquel viejo árbol desde los días de su juventud, y ahora, en sus últimos días, se negaba a renunciar al consuelo de su amigo, el viejo roble. Era una cosa en su vida que nunca había dejado de darle consuelo en el calor del verano, y ese viejo Roble nunca cambiaba ni se movía. Valió la pena morir por ello. Bueno, también hay algo por lo que vale la pena morir. Pero Cristo murió de verdad por nosotros, y no debemos alejarnos de la sombra de ese antiguo Árbol de la Vida que nunca se mueve. Si para ese antiguo Árbol de la Vida valió la pena morir por nosotros, ¿no merece ese Árbol que nosotros vivamos para Él?



JUSTICIA ¿LA TIENES?

“Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación. Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios. Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios. Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros” (Mateo 5:3-12).

Esta vida está llena de contrastes: luz y oscuridad, calor y frío, belleza y perversidad. Nuestra apreciación de cada elemento del ser se basa en la apreciación de esos contrastes. Podríamos apreciar mucho menos el amanecer si no estuviera precedido por la larga y oscura noche.

Hay contrastes físicos y espirituales: maldiciones y bendiciones, pecado y justicia. Dios no necesita enseñarnos a pecar, pues lo heredamos de nuestros padres primitivos. Sin embargo, nos ha enseñado justicia.

Destaco un hecho evidente: «Por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios» (Romanos 3:23) y «Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús, Señor nuestro» (Romanos 6:23). Si todos hemos pecado y todos merecemos la paga de la muerte, ¿cómo se libran los elegidos de Dios de tal justicia? Es solo por la sangre expiatoria del Señor Jesucristo y sus obras de justicia, y ninguna de las nuestras.

He oído predicar que todos los pecados tienen la misma gravedad a los ojos del Señor. Discrepo. Nuestro Señor Jesucristo enseñó que algunos pecados son de mayor gravedad que otros. Y entró otra vez en el pretorio, y dijo a Jesús: **¿De dónde eres tú? Mas Jesús no le dio respuesta. Entonces le dijo Pilato: ¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo autoridad para crucificarte, y que tengo autoridad para soltarte? Respondió Jesús: Ninguna autoridad tendrías contra mí, si no te fuese dada de arriba; por tanto, el que a ti me ha entregado, mayor pecado tiene**» (Juan 19:9-11).

Así que hay grados de pecado. Los fariseos habían cometido blasfemia al negar a Cristo, pues sabían perfectamente quién era, pero Pilato fue culpable de una

pérdida de valor bajo presión política. Por cada pecado, hay una maldición; y por cada obediencia, una bendición.

La primera bendición que Dios proclamó a la humanidad fue en el Jardín del Edén. «Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó. **Y los bendijo Dios**, y les dijo: Fructificad y multiplicaos, y llenad la tierra, y sojuzgadla; y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todos los animales que se mueven sobre la tierra» (Génesis 1:27-28). ¿Por qué se dio una bendición especial al varón y a la hembra que Dios había creado? Fue porque ellos representarían la primera pareja matrimonial en la tierra - un tipo directo de la relación entre el Señor Jesucristo y su Novia la Iglesia. Dios no sólo los bendijo, sino que les dio nombres. Por supuesto, conocemos el nombre del hombre, Adán, y el de su esposa, Eva. ¿Cuál era el apellido de Eva? ¿Te lo has preguntado alguna vez? En la civilización occidental, la mujer ha tomado tradicionalmente como propio el apellido del marido. En muchos países de Extremo Oriente, como Corea, la mujer conserva su apellido anterior. ¿Cómo surgió esto en Occidente? Probablemente proviene del siguiente versículo: «**Varón y hembra** los creó; y **los bendijo, y llamó el nombre de ellos Adán**, el día en que fueron creados» (Génesis 5:2). ¿Lo has entendido? ¡El nombre de Adán pasó a ser compartido con el de Eva! Dios los llamó así porque se hicieron «una sola carne» en el matrimonio, igual que el cristiano se hace uno con Cristo en la conversión.

Dios bendice los matrimonios piadosos. De hecho, no creo que el matrimonio verdadero exista fuera de la autoridad de Dios. Según la ceremonia tradicional: «Lo que Dios ha unido, no lo separe el hombre» (Marcos 10:9).

Esto me lleva a un ejemplo destacado de un pecado que el Señor considera de gran magnitud: «No te acostarás con varón como con mujer; es abominación» (Levítico 18:22). El Señor usa el término «abominación» con moderación. Lo reserva para el pecado más grave, en este caso, la homosexualidad. La gravedad de este pecado se revela nuevamente en partes del Nuevo Testamento: «Profesando ser sabios, se hicieron necios, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles. Por lo cual también Dios los entregó a la inmundicia, en las concupiscencias de sus corazones, de modo que deshonraron entre sí sus propios cuerpos, ya que cambiaron la verdad de Dios por la mentira, honrando y dando culto a las criaturas antes que al Creador, el cual es bendito por los siglos. Amén. Por esto Dios los entregó a pasiones vergonzosas; pues aun sus mujeres cambiaron el uso natural por el que es contra naturaleza, y de igual modo también los hombres, dejando el uso natural de la mujer, se encendieron en su lascivia unos con otros, cometiendo hechos vergonzosos hombres con hombres, y recibiendo en sí mismos la retribución debida a su extravío. Y como ellos no aprobaron tener en cuenta a Dios, Dios los entregó a una mente reprobada, para hacer cosas que no convienen; estando atestados de toda injusticia, fornicación, perversidad, avaricia, maldad; llenos de envidia, homicidios,

contiendas, engaños y malignidades; murmuradores, detractores, aborrecedores de Dios, injuriosos, soberbios, altivos, inventores de males, desobedientes a los padres, necios, desleales, sin afecto natural, implacables, sin misericordia; quienes habiendo entendido el juicio de Dios, que los que practican tales cosas son dignos de muerte, no solo las hacen, sino que también se complacen con los que las practican" (Romanos 1:22-32).

Hay hábitos que pueden provocar algunos problemas de salud a nivel personal, pero los pecados que privan a otros de la vida misma son de una gravedad mucho mayor. Dios no perdona fácilmente el derramamiento de sangre inocente, aunque es posible bajo un arrepentimiento sincero y que evidencia un genuino cambio de vida. La gula, el orgullo, el egoísmo, etc. son pecados que no son tan difíciles de remediar cuando uno es perdonado por el Señor; pero otros requieren una mayor seriedad y dejan cicatrices más profundas. Podemos arrepentirnos de un asesinato, pero la víctima y su familia han sufrido una pérdida irreparable. Es fácil perdonar a un amigo por una pequeña ofensa personal, pero se requeriría una contrición mucho mayor de ese mismo amigo si quemara intencionadamente mi casa.

El gran grano de esperanza en todo esto es que Dios es capaz de perdonar todo pecado, y lo hará si la confesión en nuestras bocas coincide con la contrición en nuestros corazones.

Observa los contrastes entre las bendiciones y las maldiciones:

Bendiciones: "Acontecerá que si oyeres atentamente la voz de Jehová tu Dios, para guardar y poner por obra todos sus mandamientos que yo te prescribo hoy, también Jehová tu Dios te exaltará sobre todas las naciones de la tierra. Y vendrán sobre ti todas estas bendiciones, y te alcanzarán, si oyeres la voz de Jehová tu Dios. Bendito serás tú en la ciudad, y bendito tú en el campo. Bendito el fruto de tu vientre, el fruto de tu tierra, el fruto de tus bestias, la cría de tus vacas y los rebaños de tus ovejas. Benditas serán tu canasta y tu artesa de amasar. Bendito serás en tu entrar, y bendito en tu salir. Jehová derrotará a tus enemigos que se levanten contra ti; por un camino saldrán contra ti, y por siete caminos huirán de delante de ti. Jehová te enviará su bendición sobre tus graneros, y sobre todo aquello en que pusieres tu mano; y te bendecirá en la tierra que Jehová tu Dios te da. Te confirmará Jehová por pueblo santo suyo, como te lo ha jurado, cuando guardares los mandamientos de Jehová tu Dios, y anduvieres en sus caminos. Y verán todos los pueblos de la tierra que el nombre de Jehová es invocado sobre ti, y te temerán. Y te hará Jehová sobreabundar en bienes, en el fruto de tu vientre, en el fruto de tu bestia, y en el fruto de tu tierra, en el país que Jehová juró a tus padres que te había de dar. Te abrirá Jehová su buen tesoro, el cielo, para enviar la lluvia a tu tierra en su tiempo, y para bendecir toda obra de tus manos. Y prestarás a muchas naciones, y tú no pedirás prestado. Te pondrá Jehová por cabeza, y no por cola; y estarás encima solamente, y no estarás debajo, si obedecieres los mandamientos de Jehová

tu Dios, que yo te ordeno hoy, para que los guardes y cumplas, y si no te apartares de todas las palabras que yo te mando hoy, ni a diestra ni a siniestra, para ir tras dioses ajenos y servirles” (Deuteronomio 28:1-14).

Maldiciones: “Pero acontecerá, si no oyes la voz de Jehová tu Dios, para procurar cumplir todos sus mandamientos y sus estatutos que yo te intimo hoy, que vendrán sobre ti todas estas maldiciones, y te alcanzarán. Maldito serás tú en la ciudad, y maldito en el campo. Maldita tu canasta, y tu artesa de amasar. Maldito el fruto de tu vientre, el fruto de tu tierra, la cría de tus vacas, y los rebaños de tus ovejas. Maldito serás en tu entrar, y maldito en tu salir. Y Jehová enviará contra ti la maldición, quebranto y asombro en todo cuanto pusieres mano e hicieres, hasta que seas destruido, y perezcas pronto a causa de la maldad de tus obras por las cuales me habrás dejado. Jehová traerá sobre ti mortandad, hasta que te consuma de la tierra a la cual entras para tomar posesión de ella. Jehová te herirá de tisis, de fiebre, de inflamación y de ardor, con sequía, con calamidad repentina y con añublo; y te perseguirán hasta que perezcas. Y los cielos que están sobre tu cabeza serán de bronce, y la tierra que está debajo de ti, de hierro. Dará Jehová por lluvia a tu tierra polvo y ceniza; de los cielos descenderán sobre ti hasta que perezcas. Jehová te entregará derrotado delante de tus enemigos; por un camino saldrás contra ellos, y por siete caminos huirás delante de ellos; y serás vejado por todos los reinos de la tierra. Y tus cadáveres servirán de comida a toda ave del cielo y fiera de la tierra, y no habrá quien las espante. Jehová te herirá con la úlcera de Egipto, con tumores, con sarna, y con comezón de que no puedas ser curado. Jehová te herirá con locura, ceguera y turbación de espíritu; y palparás a mediodía como palpa el ciego en la oscuridad, y no serás prosperado en tus caminos; y no serás sino oprimido y robado todos los días, y no habrá quien te salve. Te desposarás con mujer, y otro varón dormirá con ella; edificarás casa, y no habitarás en ella; plantarás viña, y no la disfrutarás. Tu buey será matado delante de tus ojos, y tú no comerás de él; tu asno será arrebatado de delante de ti, y no te será devuelto; tus ovejas serán dadas a tus enemigos, y no tendrás quien te las rescate. Tus hijos y tus hijas serán entregados a otro pueblo, y tus ojos lo verán, y desfallecerán por ellos todo el día; y no habrá fuerza en tu mano. El fruto de tu tierra y de todo tu trabajo comerá pueblo que no conociste; y no serás sino oprimido y quebrantado todos los días. Y enloquecerás a causa de lo que verás con tus ojos. Te herirá Jehová con maligna pústula en las rodillas y en las piernas, desde la planta de tu pie hasta tu coronilla, sin que puedas ser curado. Jehová te llevará a ti, y al rey que hubieres puesto sobre ti, a nación que no conociste ni tú ni tus padres; y allá servirás a dioses ajenos, al palo y a la piedra. Y serás motivo de horror, y servirás de refrán y de burla a todos los pueblos a los cuales te llevará Jehová. Sacarás mucha semilla al campo, y recogerás poco, porque la langosta lo consumirá. Plantarás viñas y labrarás, pero no beberás vino, ni recogerás uvas, porque el gusano se las comerá. Tendrás olivos en todo tu territorio, mas no te ungirás con el aceite, porque tu aceituna se caerá. Hijos e hijas engendrarás, y no serán para ti, porque irán en cautiverio. Toda tu arboleda y el fruto de tu tierra serán consumidos por la langosta. El extranjero que estará en

medio de ti se elevará sobre ti muy alto, y tú descenderás muy abajo. Él te prestará a ti, y tú no le prestarás a él; él será por cabeza, y tú serás por cola” (Deuteronomio 28:15-44).

Las bendiciones sencillas abundan cada día que somos capaces de despertar del sueño. Una de las mayores bendiciones y recuerdos que tengo de la Navidad fue hace cincuenta años. Estaba destinado en Ft. Rucker, Alabama, y en servicio temporal (TDY) en el Centro de Infantería de Ft. Benning, Georgia. Mi mujer, Debbie, y yo íbamos en coche a Rucker los fines de semana. Era mediados de diciembre. Como habíamos recorrido a menudo las carreteras secundarias a Benning, conocíamos bien el paisaje y las casas del camino. A menudo habíamos visto una casa de paredes de madera sin pintar a poca distancia más allá de una línea de árboles. Siempre había seis o siete niños pequeños jugando en el patio, y no muy bien vestidos. A mediados de diciembre, Debbie y yo nos preguntamos cómo pasaríamos las Navidades lejos de la familia y los amigos. Así que decidimos comprar un pequeño televisor, bolsas de fruta, comestibles, caramelos, juguetes y ropa y entregarlos a aquella familia necesitada. Debbie tiene más valor que yo. A mí me daba vergüenza llevar esos artículos a la casa por miedo a que la gente se ofendiera. Así que Debbie hizo tres viajes de ida y vuelta con la ayuda de los niños mayores. La familia se alegró mucho, pero no tanto como Debbie y yo. Es el mejor recuerdo de Navidad que tenemos.

Ese tipo de bendición me recuerda el texto tantas veces repetido de Hechos 20:35 después del sermón de la Santa Cena: «Acordaos de las palabras del Señor Jesús, que dijo: **Más bienaventurado es dar que recibir**».

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Amen.

Libros

Devocionario Diario
Razón de amor
Razón de esperanza
Hablar con Dios, Huir de Dios, Seguir a Jesús
Contemplaciones sobre los caminos del Señor
Caminando con Jesús
Himnos tradicionales de Navidad (revisado).

Folleto

El Adviento nos dice que Cristo está cerca
Canten alegres al Señor
Tres regalos de los Reyes Magos
Las cinco solas
Los Diez Mandamientos
La Santísima Trinidad:
(Ilustrada por los tres tipos de ríos)
Devocionales de Cuaresma: Salmos 22 y 23.

Créditos:

Nos gustaría agradecer y reconocer los siguientes recursos para las obras de Arte y Fotografía ya sean estas donadas o proporcionado por el acceso de dominio público a los siguientes: con licencia de dominio público a través de **Wikimedia Commons o Wikipedia o según se cite:**

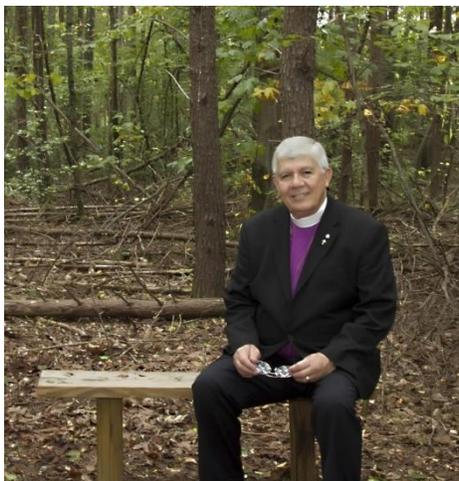
Pinturas: Sermón de la Montaña, Harold Copping; Abraham e Issac, Otto Adolph Stemler; Cruz al atardecer, Thomas Cole; Fotografía: El faro de la Isla Bodie, en el condado de Dare, NC en las Orillas Exteriores, cerca de Nags Head, Elizabeth H. Jones; Deposición desde la Cruz, Fra Angelico; Tarjeta el Roble de Hartford, Iglesia Frederic Edwin.

Todas las citas, himnos y poesías citadas son de dominio público, a menos que se indique lo contrario. 

Todas las citas bíblicas están tomadas de la Biblia King James autorizada. Las Devociones de este folleto han sido escritas por el Obispo Jerry L. Ogles.

Iglesia Anglicana Ortodoxa © 2025 

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en ninguna forma, sin el permiso por escrito de este autor y/o editores, lo cual puede ser solicitado en aocworldwide@gmail.com. Se exceptúa esta regla para la inclusión de breves citas debidamente reseñadas.



Reverendísimo Jerry L. Ogles
OBISPO PRESIDENTE
Iglesia Anglicana Ortodoxa Comunión Mundial

El obispo Ogles comenzó a escribir devocionales diarios para la iglesia, principalmente sobre los libros de la versión King James de la Biblia, esto ocurrió en 2011, durante la Cuaresma, impulsado por el Espíritu Santo. Además, el Obispo Ogles disfruta aprendiendo al escribir y por medio del canto Himnos Antiguos de Alabanza como lo demuestra la siguiente declaración:

«Los himnos métricos eran los únicos que se cantaban en la Iglesia antigua, ya que estaban tomados directamente del texto bíblico. Esto saca a la luz uno de los puntos fuertes de la Biblia King James (además de su majestuosa reverencia y exactitud): el ritmo métrico en el que está escrita la KJV facilita tanto la memorización como la comprensión.»

¿POR QUÉ DEBERÍAMOS CONFORMARNOS CON MENOS?

